



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 18171

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

## Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 9 DE OCTUBRE DE 1905.

## CONDICIONES

El pago será siempre al contado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Oudmarin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

## Sobre un manifiesto

Cuatro días hace que lanzó al país su manifiesto el grupo que sostiene y ha de mantener en las Camaras la política del difunto Villaverde y aun constituye la nota del día. Documento que se sale de los moldes viejos, que contiene afirmaciones claras y concretas en vez de los distingos y ampulosidades con que acostumbran velar los políticos sus propositos y sus intenciones, para encontrar facil salida si llegado el caso no les conviene cumplir sus promesas, ha sido acogido favorablemente.

El partido villaverdista se propone hacer patria y señala los puntos en que hay que laborar para lograrlo; y como estos son anhelos nacionales que vienen perseguidos desde que se perdieron las colonias, sin que hasta ahora haya logrado nadie su realización, no es de extrañar que la voz de los villaverdistas haya levantado ecos de simpatía en la opinión.

De la labor que han de hacer en las Cortes depende que se agranden, que se robustezcan esos ecos que hoy vibran dulcemente en los oídos españoles; y como mañana se abra el Parlamento y con él la tribuna, el país juzgara por los hechos si se ha equivocado al juzgar las palabras.

En tanto que ese caso llega, véase lo que la prensa dice del manifiesto de los villaverdistas.

De *El Liberal*:

Examinado bajo su aspecto político, nos place la formación de ese grupo independiente que en contra de las tendencias ultramontanas dominantes afirma su personalidad liberal conservadora. Poco importa que sus componentes sean escasos. Ellos bastarán, si perseveran, para servir de núcleo de concentración a cuantos siguen fieles a la tradición regalista y ex-

pasiva de Cánovas, y para oponer una trinchera a los avances del maurismo, que ya, con la aquiescencia de unos gobernantes merovingios, se cree dueño de todo. Serán como un hilo que marque las distancias; como una gran guardia que delate y dificulte los contubernios.

De *El Heraldo*:

«En el manifiesto hay dos ó tres puntos que no pueden menos de ser gratos á la España liberal y austera de rehabilitación. Nos referimos al problema de los presupuestos, al del clericalismo y á la cuestión social.

En lo primero enarbolan la bandera ya tremolada en las anteriores Cortes respecto al saneamiento de la moneda, al aumento de gastos en la defensa nacional, en la instrucción y en las obras públicas.

En lo segundo, es decir, en lo relativo á las ordenes religiosas, recuerdan las famosas frases de Villaverde respecto al excesivo incremento de las comunidades monásticas, y hasta van un poco mas allá, invocando las doctrinas regalistas, que son la tradición gloriosa del señor Cánovas del Castillo.

Y en último término, hablan con entereza de la necesidad del intervencionismo en las luchas del capital con el trabajo, aunque sin concretar, y es lastima, las leyes que ellos promulgarían de llegar algún día al poder».

De *La Correspondencia Militar*:

«Con la sinceridad que nos caracteriza—escribe aquel colega—hemos de hacer constar nuestra simpatía hacia las ideas que en tan bien escrito documento se sustentan, reveladoras a la par de la lealtad de sentimientos y vigor de iniciativas que por la juventud, ilustración y abierto espíritu de las principales personalidades de esta agrupación, presiden en ella como garantía de algo más eficaz

y positivo que los propósitos galanamente formulados.

La herencia del ideal económico que persiguió en su última y rápida etapa ministerial y días antes de su inesperada muerte el señor Villaverde, puede ser una base muy firme para otros ideales patrióticos que habilmente exponen los firmantes del manifiesto, entre los que se destacan con propios y notorios méritos los señores Gasset, García Alix, Cobian y González Besada».

De *El Imparcial*:

«Por lo que a nosotros se refiere, hemos de decir que muchas de las ideas expuestas en el manifiesto de los villaverdistas han sido tema de antiguas y constantes campañas de «El Imparcial». Si se ejecutaran, cambiaría radicalmente el aspecto de la nación.

Si no pasan de las páginas impresas a las realidades, entonces ese manifiesto será uno de tantos como se han escrito, una fórmula de deseos, una aspiración fantástica».

## EL PRESIDENTE ROOSEVELT

en el submarino «Plunger».

En Long Island.—Tres horas y media de exploración.—Evoluciones asombrosas.—Roosevelt regocijado dirige el buque.—El presidente vestido de marino.—Eficacia del «Plunger» para la guerra.

El presidente Roosevelt ha estado en el fondo del mar á bordo del submarino «Plunger».

Por espacio de cincuenta minutos, y en una obscuridad tenebrosa la mayor parte del tiempo, se halló sumergido á una profundidad de cuarenta pies, y durante tres horas estuvo embarcado en esta maravilla del submar, riendo y bromeando con la tripulación, observando la manera como funcionaba el barco, y por último, guiándole él mismo bajo la dirección de su comandante, y con el mayor entusiasmo y atención.

Fué un gran día para el presidente Roo-

sevelt, pues á pesar de lo peligroso que es un buque submarino, y mientras que un fuerte tiempo arbolaba la mar desahuciada en blanca espuma en la Sonda de Long Island y en Oyster Bay, el presidente, con la ayesadura de la gente de mar y vestido á guisa de la tripulación del «Plunger», con impermeable, botas hasta la rodilla y calada la gorra con visera, se lanzó á gozar de las peripecias del viaje, sacando de ellas todo el partido posible.

Muchas veces se había negado, oficial y semi-oficialmente, que el presidente pensaba correr el riesgo de una inmersión en el submarino, pues el pueblo americano demostraba avergüenza á que el jefe ejecutivo de la nación recorriese el fondo del mar en aguas de la Sonda de Long Island.

Y por esta razón se había mantenido el secreto del viaje del presidente hasta hoy. Abandonando por el momento las tareas ruso-japonesas y otros asuntos importantes, el presidente procedió á satisfacer sus deseos de bajar al fondo del Océano.

Cafá un fuerte aguacero al abandonar el presidente Sagamore Hill para dirigirse en su carruaje particular y bien arropado al muelle J. West Roosevelt, siendo azotado durante el tránsito por un fuerte noroeste.

Con la excepción de dos pescadores atraídos en sus faenas, el muelle estaba desierto al llegar el presidente, quien desde luego hizo señales al yate «Sylph», en que acostumbra á viajar, y el que estaba fondeado allí cerca, para que enviase á tierra una lancha, en la que se embarcó, ordenando que marchara directamente al lugar donde se destacaba á través de la espesa lluvia, el casco raro del «Plunger».

Corta como era la travesía hubiese seguramente amedrentado á cualquier hombre tímido, por la mar picada, el fuerte viento y la lluvia que caía, haciendo el viaje, algo arriesgado, muy desagradable.

Desde tierra podía distinguirse al presidente en la proa de la lancha, cara al tiempo, cual un lobo marino, desafiando al paecer la rociadura del oleaje, que saltaba dentro de la lancha.

Al llegar el presidente al costado del «Plunger», le estaba aguardando el comandante del submarino, el teniente Charles (D. Nelson), y el contingente del barco, compuesto de nueve hombres.

Salto sobre la resbaladiza cubierta el presidente, con la agilidad de un muchacho de quince años, estrechando cordialmente la mano del teniente Nelson.

Instalado bajo cubierta púsose sobre sus vestidos un traje de marino, y para el lego

en cosas de mar, hubiera sido difícil distinguir en aquel hombre al presidente de los Estados Unidos ó al marino de profesión.

Así vestido subió otra vez sobre cubierta, luego se señaló al «Apache», que es el tender del submarino, para que se aproximase, y emprendió la marcha el «Plunger» hacia una punta que forma una bifurcación de la Sonda y Oyster Bay, elegido de antemano para la sumersión del submarino.

Cerróse la escotilla superior y entraron en la torre cónica el presidente y el teniente Nelson, sumergiéndose entonces el buque sin el menor movimiento violento, hasta bajar 30 y 40 pies de profundidad, manteniéndose á ese nivel en el submarino, sin el menor inconveniente.

Pasaron cosas divertidas á bordo al emprender la sumersión por primera vez el barco; el presidente disparaba preguntas al teniente Nelson con la rapidez de un cañón Gatling.

Después de yacer por algunos momentos en la profundidad de las aguas, el submarino, suspendiéndose la presión y subió hasta llegar á cosa de un pie de la superficie, emprendiendo entonces una serie de buceos, ara sumergiéndose, ora apareciendo sobre las aguas como el fuese en busca de aire, ejecutando estos movimientos varios con velocidad.

El presidente todo el tiempo estaba observando el funcionamiento de la maquinaria y las sorprendentes y sucesivas evoluciones del barco.

Luego procedióse á otra maniobra interesantísima y de un efecto sorprendente, y la cual, cuando hubo terminado, atrancó un hurra de los labios del presidente.

Consistió en elevar el buque á la superficie del agua, sumergirlo precipitadamente á un ángulo de 45 grados, y parar las máquinas de súbito.

Ot maniobra macabro consistió en una contra-marcha, andando el barco hacia atrás desde el fondo á la superficie.

El «Plunger», en todos sus movimientos, se condujo cual el estuviese animado. No se oyó el menor chirrido ó nota dissonante de las máquinas, y obedeció con extraordinaria precisión á cada una de las exigencias del teniente Nelson.

Otro de los ejercicios efectuados fué una sumersión á 40 pies de profundidad, dando una virada completa y cambiando al mismo tiempo de curso.

La virada se efectuó en un minuto.

Es el movimiento más rápido de esta

EUGENIA GRANDET

91

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 90

No hay una sola de sus ideas que no proceda de algo que ignora.

En el momento en que la señora Grandet ganaba una lotería de diez y seis sueldos, la más fuerte que se había jugado nunca en aquella sala, y cuando la orlada roja de gusto al ver á su señora embolsándose tan enorme cantidad, oyóse un alabonazo.

de todas las épocas y de todos los lugares, aunque reducida á su expresión más sencilla?

La figura de Grandet explotando la mentida adhesión de las dos familias y sacando de ellas provecho enorme, dominaba y alumbraba aquella comedia. ¿No era aquel el único dios moderno en el cual el avaro creía, el dinero con todo su poder expresado por un solo rostro?

Los sentimientos dulces de la existencia aparecían en segundo término; animaban tres corazones puros: el de Nanón, el de Eugenia y el de su madre.

¡Cuánta ignorancia en la candidez de estas tres personas!

Eugenia y su madre nada sabían de la fortuna de Grandet, no estimaban las cosas de la vida sino á la luz de sus ideas incompletas, y no apreciaban ni despreciaban el dinero porque estaban acostumbradas á vivir sin él.

Sus sentimientos, rebajados sin que ellas lo advirtiesen, pero vivos, y el secreto de su existencia, hacían excepciones curiosas en aquella reunión de personas cuya vida era puramente material. ¡Horrible condición la del hombre!

XVII

Después de un momento de pausa la heredera de Grandet á la señora de Grassins:

—Nunca me he sentido tan contenta. Nunca he visto en ninguna parte una cosa tan bonita.

—Adolfo es quien lo ha escogido para traerlo de París—dijo la señora Grassins al oído de Eugenia.